

A la Colasa, cuando tiene razón, no le para los pies ni el sursum

corda. No faltaría más, pues menuda lechita tengo yo. Es que lo vi con estos

ojos, lo vi salir de la Iglesia el pasado veintinueve de octubre, poco des-

pues de comer. Ese día yo había ido a la huerta pa recoger los últimos

pimientos, que por estas fechas aquí ya empieza a resfriar por las noches

y el frío los deja como higos pasos. Y vi al grajo ese con dos señores mu-

bien trajeaos, con corbata y todo; traían una furgoneta de color gris. Enton-

ces yo sospeché que algo suelto tramaban, porque hablaban pero que muy bajito,

como pa que nadie se enterara del tejemaneje. Mira, Dolores, desde el

brocal del mi pozo se ve por la ventana mayor t'ol interior de la nave

donde estaba el Cristo. Vi cómo lo desclavaban y lo envolvían en una mante-

Fero los quebraderos de cabeza comenzaron cuando quisieron sacarlo por la

anteuerta, esa pequeña que hay antes de las de fuera que dan al cercao.

El pajarraco en esta ocasión no iba con el sacristán, aunque éste va

con él hasta a mear, y ya había descornado los herrajes de las puertas gran-

des de fuera y las tenía de par en par, pero lo que es la chica, ni se podía

desmontar ni abrir más. Hicieron muchas pruebas, pero que si quieres

arroz. Si pasaba un brazo, el otro se quedaba dentro. Yo no me perdía deta-

lle viendo cómo sudaban y se afanaban en vano por sacar al Cristo de la

Iglesia, hasta que el más bajito de los dos forasteros, que era algo coji-

trango, se fue hasta la furgoneta y trajo un serrucho parecido al que usa

ellos que la menda se estaba enterando de todo con pelos y señales. El

otro forastero retiró la manta y empezó a serrarle el brazo derecho casi

por debajo del hombro. A mí me se empezaba a subir la sangre a la cabeza,

y a punto estuve de gritar: pero, ¿qué estáis haciendo ahí mameñucos?, pero

Luego pensé: Colasa, ¿quién te manda meterle en camisa de once varas? y me

calé. Después vi cómo envolvieron todo en unas mantas y lo metieron en la

furgoneta que estaba allí mismo debajo de la morera más cerca de la puer-

ta y se marcharon con el cuervo a la rectoral. Sé que algo más metieron

en unas cajas, pero yo no pude saber lo que era, pues lo habían cogido del

altar de la otra nave que ya no alcanzaba a ver del todo.

El caso es que la noticia se corrió mu pronto por t'ol pueblo. La

gente lo echó en falta na más que pisó en la Iglesia, porque aquí nadie se

chupa el dedo. ¿Qué se iba a pensar el tío este? Aquella misma tarde

vino un camión cargado con los nuevos bancos para la iglesia. El párroco

quería tenerlo todo bien atado al domingo, porque sabe latín. Tú sabes

que yo piso muy poco por la iglesia, porque no me queda ningún tiempo y por-

que como decía mi difunto padre, la misa y el pimiento son de poco ali-

mento; pero lo que más le ha jodido a él es que ese día no me perdiera la

ocasión de cantarle en sus propias barbas cuatro verdades.

Por el pueblo todo eran comentarios en los corrillos y en las cocti-

nas: que si le habían soltado buenos millones, que si el Cristo era de no

se qué época y debía de valer una fortuna, que si este cabronazo no había

pedido parecer a nadie; que como ya no existía la Contradía del Cristo de

la Expiración que nadie iba a decir esta boca es mía, porque el que más

y el que menos tenía que agradecerle algún favor y el que no le debía na-

da no se atrevería a levantarle la voz ni a enfrentarse con él, porque

era el amo y llevaba bien puesta la sotana. El caso es, Dolores, que por

detrás mucho jiquijaque, mucho darselas de matón y ponerlo como un trapo,

pero a la hora de poner la jeta, sólo la Golasa y la Milagros y ésta por-

que la animé yo y la metí en harina la vispera. El caso era que tenía que

esperárselo delante tol mundo.

Y llegó la misa mayor del domingo y allá que me presente. El tío co-

menzó muy suave, sonriente. Que ya habrían visto las innovaciones, que los

flamantes bancos eran algo maravillosos, que ya no sería necesario que na-

die se llevara su reclinatorio y su almohada, que eso ya no se llevaba por

esos mundos de Dios y que había que estar con los nuevos tiempos y a la

vez sentirse cómodo en la casa de Dios. Yo no pude aguantarme por más tiem-

po y le interrumpí rápidamente:

-¿Y el Cristo de la Expiración? Bien manco lo quedaron al infeliz ayer.

¿Dónde están los dos candelabros de plata?

Y enseguida saltó la Milagros:

-¿Y el manto de la Virgen del Pilar que regaló mi señora que en paz des-

canse?

Y el grajo que puso el grito en el cielo. Cambió de color. Las venas

del cuello se le hincharon, y señalándonos con el dedo:

-Hagan el favor de abandonar la iglesia inmediatamente.

Milagros se puso de pie, pero yo ni me moví.

-He dicho que fuera.

Como yo no me movía de mi sitio, le dijo a la Guardia Civil:

-Hagan el favor de sacar a esta deslenguada de la iglesia.

que saltaban por la noche eran las hoces del Sebastián sobre las piedras atreviera a entrar allí. Ya se que no había tal diablo y que las chispas pedas con el maligeno pa que las ovejas entraran en el coto y nadie se hambre, porque el ganao se nos moria y se inventó lo del diablo y sus no muelen molinos. Mi Sebastián tuvo que montar aquella trepa el año del -Ahora me sale Ud. con eso, Sr. juez. Eso es agua pasada y aguas pasadas

....

conociera la situación de los campos y la penuria de los labradores. ta los huesos después de que el Cristo fuera sacado a hombros pa que sarta la lluvia y que en más de una ocasión regresaron empapados; has- había una cotrada, que incluso lo sacaban en procesión cuando era nece- había oído a mi padre, que en gloria esté, que años antes de la guerra pudo oírlo. Yo sólo quería saber adónde había ido a parar el Cristo. Le -Pues sí, señor juez, eso fue tan cierto como usted lo cuenta. El mundo

...

.....

mos en la casa de Dios. sarme, porque el que dice la verdad ni peca ni miente, por mucho que este- que también está el lechuzo de D. Ramón. No sé de qué delito pueden acu- En fin, allí estaré mañana viéndole la cara de vinagre al juez y seguro tengo pelos en la lengua y le pongo las peras al cuarto al más pinto. Que no piensen que la colasa se arruja así como así, porque yo no con la excomunión, con encerrarme a la sombra y echarme del pueblo. granja no quería soltar prenda, pero al final ha dicho que me amenazan El alguacil ha venido a mi casa esta mañana con la citación. El muy que hacía.

mento podíairme a mi casa, no sin antes advertirme que cuidadoito con lo chatez, que en el juzgado nos veríamos pronto las caras, pero que de mo- que en buen lio me había metido, que podía costarme cara aquella desfa- es que al salir de misa, se presentó el juez en el Ayuntamiento y me dijo que tiene padrino se bautiza y el que no lo tiene se queda moro. El caso yo no me alegraría con que la hubieran arrestado también, pero aquí el de, se fue tranquilita a su casita y nadie se ha metido con ella, aunque mers y como había servido a D. Ingracia, la farmacéutica amiga del alcal- llaban como gallinas. El caso es que a Millagros, como obedeció a la pri- el momento de ponerle el cascabel al gato, de restregarle la verdad, se ca- chistar. Mucho darle al pico el sábado por las esquinas, y ahora que era bro, pero ni movieron un dedo pa evitar aquello ni se atrevieron a re- dujeron al Ayuntamiento. Los presentes en la iglesia me miraban con asom- Una pareja de guardias me cogieron cada uno por un brazo y me con-

...
Tuvo que inventarse el truco pa sacar adelante el rancho.

...
-Ya sé que a Vd. eso no le importa, pero tiene que oírme, señor juez; por el currusco hay que aguzar el ingenio. El pobre ya pagó su culpa en la cárcel y yo me tuve que quedar al frente de la casa.

...
-Ya sé que eso no está bien, pero mi Sebastián no está endemoniado.

...
-Eso sí que ya no se lo permito, Sr. juez; de eso nada, Sr. cura. Una ^{ura}servi-
dora será lo que sea, podrá acusarme de no ir a misa, pero ante todo es

honra. Yo lo único que hago es poner remedio a muchos males con remedios caseros. Si a cambio me dan una olla de manteca o una talega de garban-
zos, me vienen de perlas. Yo lo mismo aplico una cataplasma pa cata-
tro, que receto una bebida de cerezas en aguardiente pa que las mujeres

no sufran con la regla; también preparo sahumerios pa que las mujeres que-
den preñadas, pero lo contrario, jamás de los jamás. Y no es la primera mo-
za que me lo ha propuesto, pero pa eso colasa no se mancha las manos. Que
me presente pruebas el Sr. juez; no, no las podrá encontrar.

...
-Sr. cura, si mis hijos hacen tarde la Primera Comunión o no van a misa,
es porque, por desgracia, una es pobre y no siempre tengo pa comprarle
la ropa que los infelices necesitan. Yo no voy a misa, pero otras no salen
de la Iglesia y... menudas alhajas. Dice usted que fui a encrespar los
ánimos y a sublevar a la gente. Yo sólo quería saber de todas esas cosas,
de las que Vd. dice ser el dueño.

...
-Ya sé Sr. juez que pa curar a los enfermos está el médico, que eso no
es lícito, pero una servidora tiene nueve churumbeles y somos once bocas
a la mesa. Algo habrá que hacer pa sacarlos adelante

...
-Yo no sé que es eso de la planificación familiar, lo único que sé es que
cuando al Sebastián se le hincha la bragueta, no hay quien lo pare. Y una
ha salido con esa. El mi hombre dice que basta con que cuelgue los pantal-
ones del catre.

...
-Ya sé que no le importa, pero tiene que escucharme, Sr. juez. Y de bruja,
nada, aunque me sepa más de cuatro rezos pa ciertas dolencias. De he-
rencia me viene, pues mi madre también lo ejerció con acierto.

...
-Yo no he hecho nada pa encerrarme o excomulgarme como dicen Vds. Si
tanto le ofendi por la pregunta, que dispense y santas pascuas, Vds, por
su camino y yo por el mío. Y eso que me dice de roña, Sr. juez, nada de eso

No sé que es eso de la política, ni me interesa saberlo. Yo, siempre en mi casa y de ella no salgo como no sea que me avisen.

...
-Pero tienen que escucharme. Nada tengo contra Dios, la Virgen o los Santos. Además, puedo creer en ellos más que cuatro beatas que no salen del confesonario y después, si yo hablara... Pero mejor es callar, que en boca cerrada no entran moscas. Y de eso del cumplimiento pascual, puedo decirle que yo sólo me confieso con Dios.

...
-No señor, con el diablo, nunca.

...
-Le repito que a tales prácticas, siempre me he negado en redondo. Dígame nombres y apellidos. Y más de una santurrón me lo ha pedido a veces, pero si no quieren que se le sepa, que no jodan.

...
-Perdone, Sr. Juez. Una es del pueblo y habla con palabras del pueblo.

...
-Si Vd. lo dice será posible. No sabía que eso fuera atentar contra la sagrada catedral esa (por cierto, vaya palabra), pero si puede encerrarme por varios años, ¿qué ganarían con eso? Si puede ponerme esa multa que ha dicho, tendría que llevarse los cuatro animales que tenemos, la porquería de muebles que tenemos en casa, y así y todo, no habría suficiente.

...
-Yo no entiendo de leyes ni comprendo que lo que hice fuera tan grave, pero pa unos abogados hay otros. Jamás me he visto en un pleito, pero antes de ir a la sombra...

...
-No, Sr. Juez. A mí no me están perdonando siempre la vida. Cualquiera que le oiga pensará que la colasa siempre está de fechorías. Y le repito que una servidora es pobre, pero honra. Mis hijos harán tratas como todos, pero todavía no han robado en la fábrica como hicieron hace poco los hijos de sus amigos. ¿Recuerda? Y entraron aquí por una puerta y salieron por la otra. Eso no es medir a todos por el mismo rasero.

...
-No estoy faltándole al respeto, digo la pura verdad, y quien dice la verdad, ni peca ni miente. Vd. quiere hacerme confesar cosas que no he cometido pa meterme en la trampa, y a mis hijos que los paría un rayo.

...
-Mire Vd., no tengo que pedirle perdón públicamente en el Concejo a nadie. No soy una malhechora. Ya le he dicho aquí que me dispense y en paz. Vds por su camino y yo por el mío.